



# La vaina del chunche

— 3 —

Miguel Salguero

Quizás los orígenes del habla grosera que se ha extendido a todo el territorio nacional se encuentran en la creencia nuestra de que el resto de los hermanos centroamericanos nos tienen a los ticos por melindrosos, y hasta cursis. Lo de "hermanítico" se extendió tanto que dio origen al gentilicio "ticos", con que todo el mundo —y de primero lo usamos nosotros— nos distingue.

En un principio hizo mucha gracia esa manera de hablar. A nadie se le ocurrió que podría asociarse con flaquezas, remilgos u otras características parecidas. A un viejo de aquellos de antes, de manazas como palas carrileras, pies en el suelo con el cuero como una llanta, y sanas costumbres, nadie podía tacharlo de melindroso aunque hablara de "casitico", "acuantasito", "carretica", "ahinomasito", etc. Eran hombres a toda prueba, que no echaban pie atrás ante nada.

Prueba de esto es que aceptaron pintar las carretas con un gusto que no es del caso traer a la discusión, pero que sin duda alguna revelaba su presencia de ánimo y su candor. Les gustó lo de dibujar el principal vehículo de trabajo, y lo hicieron sin entrar en consideraciones subjetivas del qué dirán por allá afuera. Tal vez el aislamiento tuvo mucho que ver; pero de todas maneras, no había suspicacias.

Sin embargo, cuando los hermanos de Centro América comenzaron a llamarnos "ticos" y a hacer hincapié en la forma del habla nacional, llena de diminutivos lo probable es que nos naciera inconscientemente el deseo de contrarrestar esa posible mala impresión; y entonces fuimos sustituyendo del habla común y corriente algunas palabras, para matizar de "machismo" la conversación. Surgió entonces el "hijuep.", el "carajo", el "hue..." y otros términos groseros, que poco a poco se han popularizado tanto que ahora en la mayoría de las conversaciones son equivalentes a "carambas", "caray", "oh, qué bien", "qué problema", "qué necesidad", "qué valor", y otros más, cuya cita alargaría interminablemente esta "carambada".

Si la reunión es de hombres adultos, ¡qué canastos! Pero cuando hablan los muchachos de 12, 15 o 18 años, aquello pasa de castaño a oscuro. Péor resulta, naturalmente, escuchar a maestros de escuela, como nos ha tocado a nosotros, con un lenguaje propio de gentes de muy distinta condición.

No faltará quien señale que nosotros en escritos que quieren pasar por costumbrismo, hayamos repetido más de un término de los que ahora criticamos. Pero lo cierto es que nuestros diálogos siempre han tratado de ser fiel expresión de lo que se oye por esos caminos de Dios, y que en ocasiones no queda más remedio que incluirlos porque de lo contrario el realismo perdería validez.

Y es bueno repetir que no buscamos el lenguaje cursi o florido, para la conversación diaria. Lo que pasa es que resulta chocante que la imaginación nuestra no dé para usar vocablos aceptables y variados en una conversación; y que un 80

por ciento de las pláticas entre grupos se base exclusivamente en cuatro o cinco palabrotas y nada más.

Los sicólogos tienen aquí un campo muy vasto en donde pueden brindarnos sus luces. Porque este fenómeno nos parece que es muy costarricense, ya que en giras por Centro y Sur América no escuchamos nada semejante a lo que oímos a diario en Costa Rica. Compatriotas que han convivido con ecuatorianos, por ejemplo, nos cuentan de la alarma de los buenos amigos suramericanos ante la avalancha de palabras gruesas que saltan de las bocas de todos los ticos. Y no solamente hay alarma en Ecuador, sino en la mayoría de los países suramericanos.

Una de las causas que nos ha hecho pensar que algo tiene que ver la fama o el lenguaje de diminutivos de los ticos con ese brote de la grosería en el habla diaria, es el comentario, escuchado en Panamá, acerca de los locutores de Costa Rica. Se reían los panameños, y de paso nos remedaban, de esa otra tendencia nuestra a marcar exageradamente las erres. Por ejemplo, se dice: "rrradio" tal o cual remachando sobre la erre en una forma que más parece el arranque de un tren que la identificación de una emisora. No hemos hecho nada por eliminar el arrastre en ciertas palabras, como por ejemplo en "tren", que pronunciamos... "trchen..." o "thren", pero sí remachamos el "rrrrradio", "re-pública", y otros vocablos que empiezan con la dichosa erre.

¿Qué mar de fondo habrá en todo esto? La verdad, es cosa de sicólogos. Nosotros nos limitamos a señalar un hecho, no a investigar exhaustivamente sus causas, porque esto, obviamente, no está a nuestro alcance. Pero ya que don Constantino Láscaris se ha preocupado por algunas características de nuestro lenguaje, valdría la pena que los catedráticos universitarios, que posiblemente ya han tratado este tema sin que haya llegado a la prensa, nos señalaran los trabajos al respecto, o sus observaciones, pues nos parece que la escuela costarricense debe intervenir, para que el mal no siga avanzando.

Y si fuese del caso, pues llevar adelante una campaña de "concientización" nacional, con el fin de que lo que nació tal vez de un deseo inconsciente de quitarnos un mote de encima, no degenera —como realmente está degenerando— en una calamidad nacional. Porque si a los ticos ya nos tiene acostumbrados tantos mentonazos de madre en una conversación —sin que nadie proteste porque se dice como decir bendito sea, lo cierto es que a más de un extranjero tal costumbre lo deja patético.

Porque no vale la pena sustituir una fama de medio "chéveres" en el hablar por otra de groseros e incultos. Ni tan cerca que queme al santo, ni tan lejos que no lo alumbre. Con medida las cosas saben mejor. Y porque de vez en cuando un mentonacillo no viene del todo mal; lo malo está en que por cada ocho mentonazos incluyamos dos palabras decentes. Esto sí es una barbaridad.